

Teodicea de un mundo nuevo

En el corazón de los humanos se percibe un abatimiento, es el fruto de desconocer lo esencial de nuestras vidas.

INTRODUCCIÓN

¹³Y salieron Moisés y el sacerdote Eleazar, y todos los príncipes de la congregación, a recibirlos fuera del campamento. ¹⁴Y se enojó Moisés contra los capitanes del ejército, contra los jefes de millares y de centenas que volvían de la guerra, ¹⁵y les dijo Moisés: ¿Por qué habéis dejado con vida a todas las mujeres? ¹⁶He aquí, por consejo de Balaam ellas fueron causa de que los hijos de Israel prevaricasen contra Jehová en lo tocante a Baal-peor, por lo que hubo mortandad en la congregación de Jehová. ¹⁷Matad, pues, ahora a todos los varones de entre los niños; matad también a toda mujer que haya conocido varón carnalmente. (Números 31).

Todos chocamos con un muro infranqueable en el que muchas religiones saltan de puntillas, o bien buscan argumentos pueriles, para justificar varios aspectos que nos hacen desconfiar de un dios presentado ante nosotros como vengativo, guerrero e inmoral, pues, ¿qué moralidad justifica asesinar a niños inocentes?

Coincide mi escrito con unos tristes tiempos, en los que miles de niños palestinos están siendo asesinados en la franja de Gaza en pos de una presunta operación militar para erradicar a un grupo terrorista, es decir, se combate el terror con más terror, esa vieja ley del tali3n que rige muchas normas jur3dicas actuales.

Justificar la existencia de Dios es una tarea compleja, sometida a una eternidad de escritos, filosof3as y estudios teol3gicos que nos conducen en ocasiones al ate3simo, un ate3simo muy justificado cuando reina una contradicci3n constante entre dioses amant3simos, dioses vengadores, dioses celosos, dioses bondadosos, dioses que nos dejan absortos en las lecturas de libros te3ricamente sagrados, porque as3 lo han dictaminado las diversas religiones monote3stas que pueblan el planeta, todas en general atribuy3ndose en cierta medida la exclusiva de la "verdad".

Escribo porque es necesario, escribo porque dialogar con Dios es fundamental y, escribo sobre todo, porque el ser humano pervierte todo lo que pasa por sus manos: mensajes, ideas, formas; es m3s, yo mismo pervierto ahora mismo una Verdad que sin duda existe. La pervierto porque desconozco esa Verdad y mi fe netamente cristiana me inclina a buscar una gu3a en las palabras de Jesucristo, para m3 una verdadera esencia revolucionaria de la fe del mundo; ser3n palabras de las que voy a tratar de extraer conclusiones verdaderas, en una reflexi3n que me ha supuesto a3os de mucha meditaci3n y lectura, no solamente religiosa, sino filos3fica, teol3gica y, por supuesto, mi mera experiencia personal.

Mi conocimiento del mundo es parcial, mi mente es limitada, mis concepciones abiertas y, ante todo, siempre he sido testigo parcial de la Verdad que nos rodea con ojos atentos y observadores, es en la esencia de la Verdad donde podemos deducir la existencia de Dios. No podemos por tanto basarnos en testimonios escritos falibles, manipulables, como este mismo escrito que tienes ante ti. Por tanto procura no dejarte llevar por otra verdad que no sea la que ven tus ojos, palpan tus manos y sienten el resto de tus sentidos. De esto versa una nueva teodicea que pretende encontrar a Dios en tu misma experiencia diaria, en la que creo que todos alguna vez hemos encontrado unas peque3as se3ales que abren la esperanza de un mundo mejor.

Ojal3 mis breves y concisas palabras te sirvan en tu camino personal.

LA CONSCIENCIA Y EL PENSAR

Desde que la evolución nos hizo homínidos, desde antes del “Homo Sapiens”, todos los seres inteligentes hemos buscado respuestas, desde las más básicas a las más esenciales. Nuestra inteligencia nos abrió a la consciencia del mundo que nos rodeaba, terrenal y plagado de peligros. La consciencia más evolucionada hasta entonces, nos permitía posicionarnos en un lugar desconocido. Ante nuestros ojos se revelaba un complejo universo que en nuestros primeros pasos como especie, nos parecía constreñido a un entorno de unas pocas decenas de kilómetros, pero que según el clima y las condiciones evolucionaban, nos iban desplazando centenares sino miles de kilómetros generación tras generación.

Nuestro cerebro no es en esencia diferente de aquellos primeros pobladores, cazadores-recolectores, que desde el continente africano fueron paso a paso poblando Europa, Asia y finalmente América. Nuestra especie fue capaz de conquistar continentes sin llegar siquiera a entender la inmensidad del planeta que nos permitió habitarlo.

La piedra no es consciente, como tampoco los átomos de hidrógeno que en una estrella son fusionados hasta alcanzar, gracias a la gravedad, nuevas formas y propiedades que determinan con el paso de los millardos nuestra quintaesencia. La materia busca quizás, como si tuviera un motor pre programado, abrirse paso a la vida y lograr en tiempos astronómicos inabarcables a nuestro entendimiento, evolucionar, hacerse viva, reproducirse, sentir, reaccionar y finalmente pensar.

Pensar nos hizo esclavos de la duda, conscientes de nuestra ignorancia; por eso tuvimos que obrar hábilmente para esconder nuestros miedos, nuestra sensación de soledad en un lugar que intuimos demasiado grande, inabarcable. Conscientes como fuimos del privilegio que supone el hecho de vivir, necesitamos desde los albores de la humanidad dirigir o canalizar nuestros miedos, nuestros agradecimientos a aquellos elementos, más adelante dioses, que eran portadores de lo que sustentaba nuestra existencia: el agua, la tierra, viento, fuego, los astros, fulgores de un firmamento que todas las noches se mostraba agradable y a la vez desolador para esos seres que tenían más preguntas que respuestas.

Era inevitable crear dioses, no podíamos soportar nuestra soledad en este lugar en el que de alguna manera habíamos sido arrojados y esparcidos. La mortalidad nos infundía aún más temor, tampoco podíamos soportar pensar que tras la muerte simplemente no había más que la nada absoluta.

En esencia el ser humano necesita un sostén a su existencia, no se contenta con vivir.

Las sectas y religiones emergieron con el paso de los siglos, al igual que las sociedades y su organización; forman parte de lo que los seres humanos llevamos impreso tras millones de años de evolución especie tras especie: organizarnos para ser más fuertes, poderosos y capaces. Sin embargo todo ese poder conlleva también la creencia de que tiene que haber algo más poderoso aún que todos los reyes de la Tierra, algo que haya hecho posible nuestra existencia en este planeta que al principio considerábamos el centro del Universo.

LO QUE EXISTE, LO QUE ES REAL, NOS LLEVA A LA VERDAD

Vivir es real, amar es etéreo, pero no podemos negar esa fuerza que nos arrastra a acompañar a nuestros semejantes en la vida, ayudarles, favorecerles y, si se da el caso, usar nuestros primitivos instintos y reproducirnos con ellos, porque la vida en esencia busca siempre su permanencia por encima de los inconvenientes.

Sentir es real, sentimos a diario los sonidos del campo, los ruidos de la ciudad, podemos ver la belleza y la fealdad, describir e incluso dibujar lo que vemos, podemos sentir emociones, compartirlo con nuestros semejantes e, incluso, con seres menos inteligentes que nos acompañan, y que con su limitada inteligencia, también nos quieren a su manera.

El Sol existe, es real, nos calienta todos los días, nos acompaña, nos transmite energía, podemos progresar con ese astro que nos es tan familiar como nuestros amigos cercanos. No podemos concebir con facilidad la grandiosa historia de una estrella que sigue ahí desde que como seres unicelulares empezamos a adaptarnos a este planeta.

Nuestra Tierra existe, la pisamos, la exploramos, la maltratamos, o la cuidamos. Tampoco podemos negar lo que evidencian nuestros cinco sentidos, nos sentimos literalmente atraídos a ella, pegados a su superficie con fuerza, dentro de una presunta inmensidad.

El Universo existe. Gracias a la inteligencia pudimos despegarnos de la Tierra, acercarnos al Sol y llegar a la Luna. También nos permitió ingeniar viajes a otros planetas que nos abrieron el entendimiento de que lo que nos parecía único no lo era tanto; descubrimos otros miles de millones de soles como el nuestro, rodeados de sus respectivos planetas y algunos de esos puntos brillantes resultaron ser galaxias. La Vía Láctea no era sino nuestra propia galaxia en la que no somos más que una mota microscópica de polvo. Ya no éramos el centro del Universo.

Los átomos existen, pudimos observarlos gracias a nuestra capacidad técnica, y a medida que mirábamos más y más a fondo no dejaban de sorprendernos nuevas partículas que parecen tener papeles esenciales para conformar lo que somos.

Todo esto es en esencia algo que está y que no requiere de religiones ni fe. Gracias a la ciencia, la tecnología y nuestros propios sentidos podemos en el día a día caminar al conocimiento, reconociendo siempre y en primer lugar nuestras limitaciones. Sí sabemos ser humildes, la naturaleza misma trata de que la descubramos, y aquí es cuando emerge la Verdad.

La Verdad es como el amor, etérea, pero siempre presente. Tenemos la certeza de muchas cosas etéreas y, de ellas, la Verdad es aquello que rodea y contiene nuestra existencia, es lo que no se somete al arbitrio de nuestras opiniones, es lo inmutable, es lo que emerge en cada átomo, en cada gota de agua, en cada estrella o materia por explorar. Es lo que junta nuestras vidas y crea nuevas, es lo que guía a los seres que sin necesitar aprender tienen escrito en su interior cada letra de lo que conforma su ser y que, si son inteligentes, además reciben la capacidad de acaparar en su interior parte de esa Verdad.

No podemos negar la Verdad, la ciencia lucha por descubrirla desde que los primeros "sapiens" miraron al cielo y empezaron a plantearse muchas cuestiones sobre sí mismos, la ciencia es en su esencia la búsqueda de la verdad y el conocimiento.

EL ORIGEN DE DIOS

Existe el mal, existe el bien. Emerge ese eterno dualismo a veces antagónico que muestra la naturaleza, en donde lo negativo y lo positivo acompaña a la materia desde lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño. Los humanos también lo hemos intuido desde siempre, y gracias a la ciencia lo hemos verificado. Todo tiene dos caras, la luz y la oscuridad, construir y destruir, nacer y morir, salud y enfermedad, calor y frío, odio y amor.

El tiempo nos rodea, estamos constantemente atrapados por su influjo, no entendemos del todo bien qué nos sujeta a su cruel dictadura, pero no podemos negarlo porque los astros se rigen y circunscriben a la relatividad. El tiempo nos descubre que todo queda subsumido a unas extrañas circunstancias en las que no podemos más que manejarnos como mejor podamos. En cuanto cruzamos ciertos límites el tiempo deja de ser el mismo.

Somos libres y a la vez esclavos, permanecemos a merced de unas necesidades que nos dejan un espacio de libertad para muchas acciones. Está en nuestra mente una ética impresa, maleable por tantas culturas que pueblan nuestras sociedades, pero en esencia capaz de consensuar como seres humanos que la inteligencia nos otorga una gran responsabilidad, merced a la conciencia que todos tenemos.

La vida existe, no podemos negarla, nuestra consciencia inteligente clama por entenderla y a su vez clama por una explicación a un océano de dudas, preguntas sin respuesta que nuestra ciencia no puede responder siempre. En una introspección vemos que nuestras vidas en apariencia carecen de sentido más allá del instinto reproductivo, ¿qué sentido tiene la inteligencia y la consciencia para ello si una simple bacteria se reproduce con más facilidad?

Dios emerge como una necesidad y no necesariamente como una realidad. Por eso su existencia está supeditada a nuestra capacidad de circunscribir nuestra vida a su propia conceptualización. En esencia Dios es la definición de todo, negar su existencia es en cierto modo negar ese Todo, dejar en la nada lo que hemos ido descubriendo durante milenios. Negar nuestros sentimientos, negar el bien y el mal, negar la verdad y la mentira, negar nuestra fortaleza y debilidad, negar lo que nos hace seres inteligentes.

Dios es lo que se eleva detrás de la Verdad inabarcable. Podemos creer o no creer, sin embargo Dios está por encima de todo ello, no precisa de nuestra afirmación porque es parte de la propia Verdad. La naturaleza es un mecanismo que nos ha mantenido unidos desde siempre, porque la realidad nos demuestra que la materia existe, está conectada, interactúa con fuerzas prodigiosas y llamar Dios a todo ello es una manera ágil de abarcarlo, porque Verdad hay una, pero en nuestra gran limitación apenas discernimos.

Por eso muchos niegan a Dios. En primer lugar por arrogancia, porque somos en ocasiones arrogantes al creer que podemos doblegar a la naturaleza; esta siempre nos demuestra que no tenemos más remedio que adaptarnos y convivir con ella, porque su conjunto de reglas son universales. En segundo lugar por miedo, cruel ironía pues por ese mismo miedo muchos buscan a Dios, pero la negación de Dios nos puede dar la extraña sensación de no estar sujetos a reglas y al final chocamos contra ellas de manera inevitable.

EL ORIGEN DEL MAL Y EL PECADO

La realidad es muy tozuda: sabemos que siempre hay normas, siempre hay sentimientos que rigen nuestro devenir por esta innegable vida, en este innegable Universo donde un planeta gira alrededor de una estrella de las muchas que hay. Por eso abrazar la existencia de Dios es una forma de encontrar sentido a nuestra existencia. Si negamos a Dios, de alguna manera dejamos de existir, porque Dios no es más que un nombre, lo que trasciende es lo que hay detrás: una Verdad imperturbable que existe por encima de nuestras creencias.

Una vez establecemos las bases de lo que podemos negar o no negar racionalmente, es cuando entramos en el terreno subjetivo. La humanidad siempre ha filosofado en busca de teorías, certezas y caminos en encuentro de las eternas preguntas: ¿quiénes somos y qué hacemos aquí?, ¿cuál es el fin de la vida?

La innegable libertad que tenemos para vivir o morir, nos permite desde nuestra privilegiada posición observar a la naturaleza que, en diversos grados de libertad, vive indiferente a nuestras creencias, simplemente se muestra ante nosotros en una evolución constante que es en ocasiones torpedeada por nuestra también innegable insensatez, cuando atentamos contra nuestros propios intereses, dentro del limitado plazo que se nos otorga para vivir nuestra individualidad en un planeta milagroso, y a la vez vulnerable.

Si no existiera finalidad no tendríamos preocupaciones, pero estas son parte de una gran Verdad que perseguimos desde lo más íntimo de nuestra existencia. Cualquier ser humano goza de la música, goza de la naturaleza, goza de los placeres mundanos y goza cuando comparte con sus semejantes sentimientos comunes que, etéreos, siempre están presentes en nuestras vidas, y aquí emerge algo que justifica la existencia de Dios: el amor

Los polos nos prueban que tiene que existir una antítesis de Dios, la llamamos demonio. Se nos hace muy duro pensar que Dios pueda haber creado el mal, así que nuestras tesis teológicas, las que rigen las religiones, superan con enrevesadas dialécticas el origen del mal, sin plantearnos una vez más que la existencia es indiferente a ello, camina siempre hacia un lugar en el que nosotros estaremos presentes y dejaremos de estarlo. Lo sabemos con certeza, por ello carece de sentido plantearse si Dios y el demonio pueden ser lo mismo. Obramos porque necesitamos hacerlo, nuestros genes determinan muchos actos y comportamientos, pero la privilegiada capacidad de ser conscientes e inteligentes nos conduce a la responsabilidad, y esa responsabilidad al pecado.

El pecado existe no porque Dios o esa Verdad lo hayan determinado, sino que son manifestaciones de una antítesis voluntaria del amor, la bondad y el bien. Son necesarias para discernir que la Verdad es todo, Dios es todo, y por eso contiene tanto el mal como contiene el bien. Son dos polos que llevamos millones de años arrastrando, pues en nuestra naturaleza sobrevivir implica en muchas ocasiones lo que definimos como el mal. La naturaleza nos evidencia que es en apariencia cruel, pero no se comporta de manera casual o bajo unas directrices de maldad, simplemente es una eterna lucha por la energía de nuestra estrella, que en abundancia nos riega día tras día, aunque en ocasiones haya desequilibrios, imperfecciones.

El que exista la bondad es en parte una consecuencia de la maldad. Sin la maldad no podríamos llevar a su máximo esplendor nuestra inteligencia, no podríamos construir sociedades, familias, amistades y pelear por nuestra supervivencia común. El ser humano es creador del pecado porque en su inteligencia sabe discernir cuando un mal es innecesario, sobra, no tiene cabida, por eso nace el pecado, porque el mal no queda justificado.

Quizás no existan cielos ni infierno, o quizás si porque todo trascienda en el Universo, o los universos, y en realidad todo coexista en un ciclo constante del que entramos y salimos.

LA IMPERFECCIÓN

La existencia no transcurre en una armonía suprema, los cielos e infiernos son constructos necesarios para de alguna manera aliviar otro de esos comprensibles sentimientos que todos tenemos en nuestro interior: el de la justicia. Sentimos que la existencia está repleta de mal e injusticia, por ello buscamos una eterna y presuntamente divina justicia que alivie nuestros males en el imperfecto transcurrir de nuestras errantes vidas.

Sin embargo es evidente que el ser humano es el menos armonioso de los animales. Pese a nuestras grandes capacidades, somos la especie que más daño está causando al único hogar que tenemos. La lógica económica que rige nuestras sociedades es verdaderamente cortoplacista y se ciñe a unos principios de productividad que, si bien nos han permitido prosperar, a su vez desequilibran ese maravilloso y frágil entorno en el que ha sido posible desarrollarnos como especie inteligente y tecnológica.

La imperfección desde una perspectiva teológica y racional, puede conducirnos a estimar que lo que llamamos dios no puede ser un ente perfecto, pues no cabe en una creación de origen perfecto tamaños errores. Así que achacamos al pecado el origen de nuestros males, sin razonar que antes de que siquiera existiera ese concepto, ya habían tenido lugar varias extinciones en este planeta llamado Tierra, ¿fueron fruto del pecado?, ¿cuál pecado?

La imperfección es fruto de la falta de arbitrariedad de esa Verdad, que se sujeta a unas reglas muy precisas para que así haya verdadera justicia, de otro modo la ciencia, la tecnología y muchos otros avances no habrían sido posibles ante unas reglas arbitrarias que habrían ido cambiando de forma caprichosa para procurarnos a todos un placentero devenir. El paraíso terrenal o “Jardín del Edén” son constructos netamente humanos que tratan de hacernos ver de una forma simbólica que la naturaleza es en sí misma armoniosa, capaz de proporcionarnos todo lo que necesitamos, si bien nuestro egoísmo siempre termina por desequilibrar esas reglas, es por ello que somos en muchas ocasiones los creadores de la imperfección.

La Verdad no es perfecta o imperfecta, es un motor de la existencia que conducirá bajo unos parámetros no arbitrarios a todo lo bueno y malo, perfecto o imperfecto, inteligente o no inteligente que contendrá el Universo, dándonos la oportunidad de desarrollarnos en un delicado equilibrio de fuerzas cuando las circunstancias sean favorables para la vida.

La verdadera justicia nace con la fuerza del amor, en su falta caemos muy hondo y no existe más infierno que su ausencia, ausencia a la que nos conducen nuestros errores y pecados. El cielo en oposición sería la plenitud del amor y la ausencia del pecado.

LA MATEMÁTICA DE LA VERDAD

La Verdad es única y de momento inexpugnable. Las matemáticas son un lenguaje para alcanzar la Verdad, que nos permiten elucubrar con dificultad lo trascendente que es descubrir y caminar en esta vida de constante búsqueda; buscamos esa Verdad aunque no creamos, sentimos un perenne impulso al placer inenarrable del descubrimiento, desde que somos pequeños queremos aprender mediante la observación y exploración constante de nuestro entorno. Sentimos una genuina alegría al descubrir nuevas cosas.

Tenemos las matemáticas para hacer evidente que hemos jugado a una lotería cósmica, y fruto de esos millones de tiradas de los dados del Universo han surgido probablemente centenares de planetas donde puede hacerse realidad la vida inteligente. Pero que sea a base de fuerza bruta no implica lo maravilloso que es saber que en esencia la materia tiene esa capacidad de engendrar la vida, de engendrar la consciencia, de hacer emerger la inteligencia y nuestra capacidad para buscar la Verdad, para buscar a Dios en el sentido más amplio de la palabra.

No es cuestión de fe: estamos, existimos, vivimos, morimos. Tener la capacidad de escribir unas líneas supone un bonito milagro; nuestras vidas son bellos milagros que emergen en un gran Universo en apariencia indiferente a que haya o no vida.

No es subjetivo que para existir tienen que darse millones de carambolas y constantes luchas. Emergerán estrellas y planetas, otros serán destruidos, emergerán especies, desaparecerán otras, siempre presente un mal para que haya un bien. Si entre tanto surge una extinción causada por un gran meteoro, la vida tiene que empezar a abrirse paso de nuevo en una lucha constante. No es por tanto extraño que cuando tenemos el privilegio de vivir y ser inteligentes, surja la arrogancia de creernos semidioses, capaces de dominar lo que antes nos dominaba.

Si el concepto de Dios no existiera, nada tendría sentido. La materia que conocemos siempre habría estado ahí, cierto, pero nada tendría finalidad, nada serviría para nada, existiríamos sin más, y aún así podríamos considerarnos privilegiados por existir. Pero cuando hacemos un ejercicio de humildad y nos maravillamos ante la naturaleza, de nuevo emerge la Verdad, y esa Verdad nos deja entrever que algo le da sentido a todo, que nuestras vidas recorren caminos que conducen torpemente al bien.

La inteligencia nos ha permitido en esta pequeña brizna del tiempo cósmico guardar y atesorar conocimiento. Nuestra memoria preservada en libros y enseñanzas ha traído ante nosotros un profundo sentimiento de maravilla y horror, los dos eternos polos que afirman y reafirman que la vida es inmune a todo, a nuestras guerras, a nuestros odios, la vida siempre se abre paso como cuando tras un incendio emergen de nuevo los brotes en el bosque.

Por eso Dios, al menos como concepto, existe. Existe porque es el motor de todo, desde la eternidad; son las reglas no arbitrarias que nos rigen, las que nos devuelven de nuevo a la consciencia si asumimos que antes no éramos y pronto no seremos, eso es lo verdaderamente maravilloso. Temer a la muerte es como temer a la vida, no estuvimos, no fuimos, ahora somos, y eso es en esencia Dios como constante creador.

Dios es el camino que nos conduce inevitablemente a la vida, Dios es la ruta de la materia en el Universo, Dios es la matemática, la esencia de todo: el Amor.

UN MENSAJE REVOLUCIONARIO

Jesucristo aparece en nuestro camino como humanidad para librarnos de algo enteramente humano: el pecado que, como dije, es el mal hecho a consciencia. Dios puso las reglas que rigen lo bueno y lo malo. Dios no fue el creador del mal ni del bien, estos son consecuencia (no causa) de la creación; si tuviéramos la suficiente capacidad de observar en otras escalas del tiempo, veríamos probablemente un eterno ciclo de creación y destrucción.

El amor solidario es una consecuencia por tanto de la existencia inteligente, no podemos pedir amor a lo inerte, a lo no pensante, a lo que simplemente se rige por las reglas no conscientes; por eso es maravilloso y verdaderamente milagroso que nosotros, siendo fruto del mismo proceso de creación, tengamos esa capacidad de engendrarlo. Jesucristo nos enseñó la importancia de amar, de perdonar y de tener esperanza. Nos liberó del miedo.

El miedo construye dioses y reglas absurdas, normas humanas, muchas de ellas insensatas y arbitrarias. Jesucristo simplificó todo al máximo, siendo consciente en grado supremo expuso una parte de la Verdad, pequeña, pero indispensable: *“Amaos los unos a los otros como yo os he amado”*. Y aquí surgió una revolución que se hizo presente hasta nuestros días y, probablemente, hasta la eternidad mientras podamos sobrevivir como seres humanos inteligentes y conscientes.

Es otro hecho innegable: la existencia escrita de esas palabras revolucionarias, nos evidenciaron que ese es el verdadero motor que ha permitido tras horribles sufrimientos, guerras, epidemias y hambrunas, hacer que nosotros hayamos seguido caminando en nuestra milagrosa existencia en un Universo (o quizás universos) indiferente a nuestra existencia, pero cuya materia es el germen de la creación continuada de vida, una explosión inevitable que, cuando emerge, hace brotar de nuevo el verdadero Amor, y esa es una gran certeza que Dios representa.

No podemos negar el Amor, este nos arrastra, nos hace posible vivir en medio de la adversidad, nos hace construir familias, amistades, poemas, novelas, pinturas, ciencia, en definitiva: nos hace avanzar en positivo. Inunda todo hasta que prácticamente abrazamos un cachito de Verdad, esa que nos revela un Todo, nos deja intuir que en nuestra pequeñez puede haber algo muy grande, pero a la vez esa grandeza no se quiere manifestar sino a través de pequeños signos y evidencias, incluso en las contradicciones: bien y mal.

Caminamos entonces por una senda que trasciende nuestras cortas vidas. Jesucristo puso en nosotros la fe para poder acompañarle a un Reino donde todo será diferente y ajustado a ese Amor fraternal. La negación de la muerte nos permite intuir que formamos parte de algo más grande y trascendente que la simple vida mundana, el Amor fraterno y la solidaridad entre seres vivos son una mera expresión de esa Verdad.

Jesucristo revolucionó nuestras vidas, es otro hecho innegable porque sus enseñanzas e influencia siguen presentes milenios después y son plenamente vigentes. Los humanos en muchas ocasiones cometemos el error de centrarnos en el continente y no en el contenido, abrazar las enseñanzas que encajan en la parte bondadosa de nuestros corazones es más importante que razonar sobre el origen de las mismas.

¿EXISTE LA JUSTICIA?

Por ello entro en el terreno de la especulación navegando por lugares inciertos, y pensando de manera racional para poder dar sentido a todo. Cuando caminamos por la vida, entendemos poco a poco como el bien se abre paso entre el mal, es como si la fuerza que domina todo fuera siempre conduciendo a lo positivo, a aquello que nos sostiene en una esperanza constante para que todo tenga una finalidad, una explicación, un objetivo.

¿Y si vivir es en esencia lo que da sentido a todo?, entonces todo sería mucho más sencillo, no aspirar más que a entrar en una comunión que permita vivir en paz y armonía. Por eso los seres humanos definimos como paraísos aquellos lugares donde nuestra torpeza no ha inundado cada rincón, aquellos lugares donde la naturaleza fluye libremente, sin tecnología, sin edificios, sin artificios y consumismo, donde reina la solidaridad entre semejantes.

En la naturaleza creemos encontrar a Dios o, al menos, una parte de la Verdad que nos da una muestra del significado de nuestra existencia.

Seamos ateos, agnósticos o creyentes, siempre compartiremos algo en común, y es la búsqueda que todo ser vivo emprende. Buscar es bonito: buscamos desde lo más mundano a lo más esencial, desde lo más simple e instintivo a lo más complejo y racional.

La música existe, los olores despiertan nuestros recuerdos, la vista se tañe de gloria ante nuestra persona amada, la piel se eriza con melodías que en la memoria hacen emerger bellos recuerdos y cauterizar viejas heridas. Caminamos con un sabor dulce y amargo, de nuevo esos dos polos que entrelazados dan lugar a la Verdad.

Creo pues, que Dios es la Verdad, forma parte de la naturaleza esencial y el mal es consecuencia y no causa. Obramos libremente sin predeterminación, porque si nuestros caminos estuvieran escritos no tendríamos libre elección y por tanto el pecado no existiría en puridad. Tener elección es la base de que podamos obrar bien o mal, son los polos de la propia existencia que ante nosotros se nos muestran claros al determinarse por las consecuencias, esas consecuencias no son siempre claras y, por eso, no siempre las acciones a priori malas son malas, ni las buenas serán buenas; serán sus efectos a medio y largo plazo los que determinarán cuan acertados o errados estuvimos, siempre que obremos con bondad.

Aquellas viejas escrituras, teóricamente sagradas, mostraban una imagen de un dios hecho a medida de los humanos. Cuanto más hemos avanzado por la senda del Amor, más evidente se ha hecho el camino correcto. Nuestra memoria es la que nos abre nuestros sentidos a la justicia, el sentido que está impreso en nuestros genes desde que empezamos a dar nuestros primeros pasos. Los niños cuando lloran y afirman que algo es injusto, son plenamente conscientes, y nuestra madurez nos ayuda a entender y modular esa justicia.

Dios no es sino la eterna Verdad que nos ayuda a ser justos, al imprimir en nuestra naturaleza inteligente una forma de obrar que nos conduce a errar y enmendar, construir y reconstruir en un ciclo que no cesa; a transmitir saber, investigar y buscar siempre la Verdad. Con ello y la vista atrás vemos lo que podríamos llamar señales de esa existencia de algo superior a todos nosotros. Si esa Verdad no existiera, no habría reglas, no tendría sentido la moral, nuestros actos serían irrelevantes y probablemente no habríamos existido al carecer la vida de finalidad.

La vida y la historia nos demuestra siempre lo contrario, aunque la naturaleza sea en apariencia indiferente a nuestra frugal existencia, esta nos da la ruta eterna por la que transitar, crecer, multiplicarnos y desarrollar nuestras cualidades. En los eternos futuros podemos abortar una y millones de veces el advenimiento de la inteligencia, pero cuando se da un futuro en el que la inteligencia acampa, Dios parece que nos da esa capacidad de discernir y sacrificarnos (a veces erróneamente) por un bien superior.

Volvemos a hechos innegables: el tiempo transcurre en un orden que no sabemos por el momento alterar, pero nuestras mentes son capaces de doblarlo y mediante nuestra memoria voluble pero persistente damos forma a lo que vendrá en base a lo que cimentó nuestro lugar en esta vida. Hechos pasados, unos maravillosos, otros horribles, han puesto los pilares de nuestra sociedad, una sociedad que da pasos decididos a algo mejor, errando sí, pero persistiendo, porque la Verdad nos deja siempre impresa una memoria colectiva en la que errores y aciertos fundamentan decisiones del presente.

Es contradictorio que nuestro éxito evolutivo pueda ser causa de nuestro fracaso. El cambio climático, la falta de recursos, la desigualdad no son sino consecuencias de un pecado: el egoísmo. Nuestra naturaleza es en ocasiones egoísta y no podemos idealizarla, porque a veces favorece la existencia del más fuerte y no necesariamente el mejor. El Universo es independiente de nuestra existencia, por tanto los que de inicio mejor se han adaptado y tenido éxito evolutivo han sucumbido en varias ocasiones a acontecimientos cósmicos que nos han dado la oportunidad de desarrollarnos como seres humanos, inteligentes, conscientes, solidarios y responsables. ¿Habrían llegado a desarrollar el amor fraterno y la justicia los dinosaurios?

La responsabilidad es consecuencia de nuestra libertad; sin existir una verdadera libertad de elección no seríamos responsables y, por tanto, podríamos sentir una justificación plena a las malas obras. Pero la materia busca evolucionar, busca la Verdad siempre y, lo que antecede a esa Verdad, es un camino tortuoso y repleto de pasos que determinan poco a poco uno de los posibles futuros, que milenio tras milenio nos arrastrarán de manera contingente.

Volvemos al dios de Moisés, que irascible y cabreado la tomaba con unos niños que quizás no habían participado del pecado. La muerte era (y desgraciadamente es) protagonista de unos tiempos violentos donde el ser humano debía agarrarse a algo, por eso la Verdad estaba muy oculta entre muertes, vicios y algunos siglos marcados por guerras cruentas y falta de empatía. Jesucristo dejó una semilla muy importante que, junto a grandes pensadores, terminó de materializarse cuando el 10 de diciembre de 1948 las Naciones Unidas elaboraron la Carta de Derechos Humanos. Millones de muertos y sufrimiento habían provocado una catarsis colectiva que pudo dar lugar a que por primera vez se redactara un principio universal orientado a lograr la paz. Nos queda un largo camino que recorrer para su consecución.

La Verdad es inalterable: permanece y permanecerá en una eternidad de ciclos de creación-destrucción. Los humanos somos, pero no seremos; otras inteligencias emergerán y todas ellas buscarán una explicación. Desde nuestra pequeña parcela los humanos debemos ser agradecidos por la fortuna que tenemos de estar presentes, poder progresar, de tener la libertad de obrar y, sobre todo, de poder amar y ser amados.

AGRADECER NOS HACE HUMANOS

Atravesando la historia nos encontramos con una palabra esencial: el agradecimiento. Perenne en la historia hemos tenido mucho que agradecer. La naturaleza en apariencia es generosa, pero la realidad es que debemos agradecer nuestra existencia a la única Verdad, que es la que de manera perenne ejecuta el programa de la vida. Agradecer es una capacidad exclusivamente humana, porque sabemos que lo que tenemos no nos viene de la nada, sino de un cúmulo enorme de acontecimientos encadenados que las matemáticas hacen visible que son de una improbabilidad inconmensurable. Dios puede ser esa certeza de que nos ha tocado un imposible premio de lotería, y por eso debemos sentir agradecimiento.

Jesucristo nos enseñó a comunicarnos con Dios sin mediadores, es otro aspecto fundamental de un cambio que se introdujo desde los dioses distantes y caprichosos a la definición de Dios, universal, para todos. Los humanos en nuestro afán de exclusividad e individualismo terminamos llevando a lo terreno aquello que debería trascender, las religiones absorben de forma absurda la definición de la Verdad, pero esta es única y no exclusiva de nadie, nos rodea y nos abraza, pero no nos deja atraparla, poseerla o entenderla mientras no nos desprendamos por completo del egoísmo que nuestros genes y cultura nos han dado.

Si hay una única Verdad, entonces, ¿no existirá una única mentira?

Lo cierto es que la mentira no es autosuficiente, porque en el mundo animal no existe la mentira, si el engaño. La mentira como el pecado es una capacidad exclusivamente humana, pues requiere de una voluntad específica que no siempre es negativa, la mentira puede tener motivaciones benevolentes. Pero Verdad solo hay una, las verdades son extractos de aquello que podemos verificar y comprobar, pero pertenecen a una sola que concentra en sí misma el Todo de la existencia.

La negación de Dios muchas veces se fundamenta en la falta de comunicación con esa Verdad. No es reprochable criticar la falta de transparencia de esa Verdad que nos ilumina en la oscuridad. Sería más sencillo llevar una guía clara y evidente, lo que nos conduce a entender que Dios nos prueba cada día, nos hace libres de pecar o amar, nos hace libres de caer o levantarnos. Su búsqueda es por tanto una meta y la comunicación brilla por una aparente ausencia.

Sin embargo, esa falta de comunicación es a su vez una maravillosa prueba de que en esencia el ser humano camina firmemente, en busca de ser la mejor versión de sí mismo a través de su solidaridad innata, su filosofía, sus credos, su inteligencia y su propia experiencia.

En mi experiencia personal sostengo un diálogo torpe y tortuoso, repleto de contradicciones, sin armonía; es un diálogo que al final conduce nota tras nota a ver que es una melodía realmente especial, que requiere ser escuchada con mucha atención y que, tras mucho escucharla, puedes empezar a ver un atisbo de lo que quiere comunicarnos.

Cuando el mundo adquiere más y más poder tecnológico, parece que Dios se esconde de nosotros, en un mundo lleno de medios de comunicación nuestra soledad se acrecienta y cuesta saciar esa necesidad de respuestas. El exceso de ruido nos despista, los dioses del consumismo inundan nuestras estanterías y la melodía de la creación perece en apariencia.

LA GUERRA Y EL SUFRIMIENTO

Pero Dios está ahí, aunque confundamos muchos mensajes, aunque interpretemos de forma enormemente parcial una voluntad que nadie puede aprehender, todo lo contrario, en esta existencia todos tenemos un espacio dedicado a obrar y dejarnos maravillados por la simple e innegable existencia.

Si todos somos hermanos, ¿qué razones hay para la guerra?, ¿cuál es la base del conflicto?

La guerra es una muestra descorazonadora de la debilidad y egoísmo animales, esos genes antes nombrados llevan dentro la esencia de la guerra. Un virus no es consciente, carece de inteligencia, no peca por tanto, pero puede matar a millones de seres inteligentes de una forma absolutamente egoísta, pues su fin es reproducirse independientemente del daño que pueda o no causar. Sin embargo la vida se abre camino, todos evolucionamos, el virus también y tras el aparente daño, unos y otros nos adaptamos y seguimos adelante.

La vida es en esencia adaptarse, porque el virus no puede amar, nosotros sí. Es triste que el virus pueda matar y, nosotros, siendo conscientes del dolor que produce terminar con la vida de un semejante, también lo hagamos; en nuestra capacidad de provocar dolor y muerte parece que no seamos tan diferentes de un simple virus.

Dios se comunica con nosotros de múltiples maneras, el Todo existe en la naturaleza. Dios es el motor que dictamina con su programación reglada la evolución de la vida y en última instancia la causa de la inteligencia y la consciencia.

Observa tu pasado y céntrate en lo negativo, en tanto dolor acumulado, tantos chascos, tantos problemas que sufriste. Ahora observa lo positivo y extrae de ello lecciones de vida, prueba a ver si hiciste en tu libertad lo debido para poder afrontar los problemas. La libertad de la que goza la naturaleza muchas veces va en nuestra contra y si, esta vez sí que es cuestión de fe pensar en algo eterno, un refugio de nuestras teóricas almas, de los contenedores de nuestra entidad individual que quizás se desvanezca en una comunión de almas. Aquí como seres inteligentes, podemos albergar nuestras dudas y temores, es humano y comprensible.

Jesucristo se hizo humano y resucitó de entre los muertos. Independientemente de lo que creas que realmente sucediera, la fe es necesaria como concepto porque facilita el tránsito por esta vida a veces cruenta, pero es vida que compensa, pues pocos humanos queremos irnos de este camino que transitamos, y los que si quieren marcharse antes de tiempo tienen en ocasiones razones poderosas para hacerlo: el sufrimiento.

El sufrimiento, otra antítesis o lado negativo del placer, placer que por otro lado muchas religiones deciden considerar nocivo, pecaminoso. Ni el sufrimiento es causa, ni el placer es pecado, pues son parte de la naturaleza, que a su vez es parte de la Verdad. Lo que hace un sufrimiento pecado es la acción u omisión de un ser humano. El placer puede ser pecado si se obtiene a costa del sufrimiento de otro semejante (o incluso de nosotros mismos), por tanto en esencia son sentimientos como tantos otros que emergen de algo puramente natural.

Jesucristo sufrió mucho, padecer un gran sufrimiento nos hace dudar de la existencia de Dios. Es justificable cuando pierdes a un ser querido, especialmente si este es joven, que puedas

aborrecer el motor de la creación, pues con esa creación vino la enfermedad que te arrebató a un ser querido. Nuevamente no es causa suficiente de negación, la naturaleza sigue unas reglas, podrían haber sido otras, y es obvio que esas reglas hacen daño a la conciencia humana cuando causan sufrimiento, pero la imperfección forma parte de nosotros y ya es cuestión de fe si después vendrá algo diferente, perfecto, repleto de amor. Si existieran multiversos, nada podría negar la posibilidad de trascender a otros donde las reglas sean distintas y por tanto la Verdad siga ahí presente como motor, pero ya es una especulación y como tal debe quedar.

Lo que es importante es centrarnos en que sufrir nos descubre el placer de vivir, cuando nos inunda la alegría, nos ayuda y guía para ayudarnos los unos a los otros intentando solucionar los sufrimientos o al menos mitigarlos, nos permite distinguir lo que es malo de lo que no, es en definitiva un marcador genuino de un polo negativo que si nuestra inteligencia nos da la capacidad, podremos erradicar. Cuantos sufrimientos innecesarios hemos esparcido entre nuestros semejantes y cuantos hemos evitado gracias a utilizar el don de la inteligencia que nos da la vía para curar enfermedades, frenar el hambre, favorecer la paz.

De modo que hay una Verdad, y nuestra capacidad de hallarla nos permite conocer, descubrir y erradicar las causas del sufrimiento humano. Nos permite pese a todo lo malo hacernos cada día más pacíficos, aspirar a lo que queremos ser, anticiparnos a los problemas y, aunque a veces no lo hagamos bien, intentar dentro de lo posible enderezar nuestro errático rumbo por la existencia a lo largo de las generaciones.

Miremos atrás en nuestras vidas. Ya he adelantado lo importante que es emplear nuestra memoria para unir acontecimientos negativos y positivos, en un hilo que cruza todos ellos encontraremos respuestas, mensajes casi ocultos de aquel Dios en el que podemos o no creer, pero que cuando aprendemos a interpretar nuestra propia existencia, a veces vemos por fin un sentido y nos damos cuenta de que muchas acciones han tenido bellas consecuencias, que algunos errores nos permitieron anticiparnos a otros más graves y, si hemos tenido la mala suerte de ser verdaderamente malvados, al menos tendremos una forma de hacernos conscientes de lo que nos condujo a caer en esa maldad, arrepentirnos y no pecar de nuevo.

Cuando has sufrido una gran enfermedad, es probable que en ocasiones te hayas sentido muy alejado de esa Verdad que te hizo, es normal y comprensible, pero también sería importante observar que la enfermedad es un tránsito como tantos otros en este mundo imperfecto. A veces esa enfermedad abre nuevas oportunidades, hace emerger lo mejor de nosotros mismos, encamina nuestra realidad a otra nueva donde en ocasiones mejoramos como personas, aprendiendo a amar y gozar de los buenos momentos que puedan llegar.

Es en ocasiones llamativo que tenga que ser la ausencia de la bondad, la salud, el placer, etc. lo que nos haga regresar de nuevo al lado positivo; es como si la tristeza nos provocase la alegría. Ese es el valor del lado negativo de la existencia, resalta lo positivo con más fuerza.

Es por ello que el sufrimiento es un mal necesario que nos parece injusto, porque lo es, pero que forma parte de nuestra imperfección. Nuestra capacidad de razonar, de sentir y amar ha de dirigir nuestros pasos a erradicarlo con todas nuestras fuerzas. Somos dueños de nuestro futuro y capaces de hacerlo.

EL PERDÓN

El sufrimiento conduce de manera inevitable a otro aspecto genuinamente humano e innegable. Hemos aprendido algo maravilloso y especial como es el saber perdonar. La naturaleza animal de la que provenimos busca la armonía a base de buscar su punto de equilibrio en la llamada "ley de la selva" y la solidaridad entre especies. Los humanos, sin embargo, necesitamos buscar esa armonía aprendiendo a perdonar.

Sin el perdón el mundo sería un eterno conflicto en el que la muerte sería el líder inevitable, la tristeza dominaría la faz de la Tierra y la alegría no podría emerger jamás. Sin el perdón no existiría el amor fraterno, la generosidad; nadie podría seguir adelante según se acumulase en su seno las ofensas de los demás, pues somos inevitables causantes de conflicto, como somos afortunadamente seres repletos de perdón.

Jesucristo llevó el perdón a toda la extensión del mismo, haciéndonos ver que en su muerte se nos perdonaban los pecados, no entonces, sino por toda la eternidad y de manera universal. Esta es una gran revolución que cuesta asumir cuando las cruentas guerras y sacrificios inútiles han llegado a los tiempos en los que la tecnología empieza a escarbar cada vez más trazas de la Verdad. El conflicto sigue presente, pero pese a todo sabemos perdonar, y los que por circunstancias de la vida no pueden o no saben viven en una sociedad que en conjunto procura perdonar y eso al menos alivia muchos rencores individuales.

Desgraciadamente la historia también nos ha enseñado que cuando se nos priva de la individualidad somos capaces en conjunto de cometer las mayores atrocidades imaginables.

Perdonar no significa tolerar las malas obras, perdonar no significa impunidad, perdonar no significa debilidad, todo lo contrario: el perdón significa valentía, denuncia, no tolerar la maldad, hacer ver que esta existe y combatirla; pero acto seguido, el perdón nos permite encontrarnos con los que están en el otro lado del conflicto, comprenderles porque son semejantes y, una vez conseguimos el verdadero arrepentimiento, ser capaces de emprender un nuevo camino juntos.

Como en todo lo que hemos narrado hasta ahora, el perdón dispone de su polo negativo: el rencor, que arranca vidas, trae odios, infunde miedos y prejuicios, no nos deja vivir en sabiduría, que es la mayor de las empresas de todos los seres inteligentes, alcanzarla una meta difícil, pero no imposible.

Somos hermanos porque formamos parte de la Verdad y hemos evolucionado a la par. En todos nosotros se encuentra contenida la misma materia, con las mismas energías y propiedades. Nuestras neuronas nos permiten buscar y encontrar, estudiar y aprender, amar y perdonar.

Como hermanos que somos, aprendamos a perdonar y regresar a la inocencia que todos hemos tenido alguna vez, cuando vinimos a este mundo y pudimos empezar a ser afortunados testigos de la vida, testigos de la Verdad.

NO FUIMOS, PERO SOMOS

Siempre he tenido presente en mis pensamientos que, antes de existir, ya habían transcurrido miles de millones de años, o quizás una eternidad. Siendo consciente no tenía sentido el temor a morir: vine de las estrellas y a ellas he de volver, ese sería un poético resumen de la esencia de la vida, una parte de la gran Verdad que debiera hacernos sentir más conformes con el milagro de la vida que se nos concede, finita en un infinito que no conseguimos abarcar.

No hemos sido, ahora somos, y pronto no seremos, pues la vida emerge y, acto seguido, desaparece, junto a sus historias felices, guerras, tristezas, pasiones, poemas y conquistas, todo ello parece devorado por el inescrutable devenir del tiempo. Esclavos del mismo somos flores en primavera que quizás en nuestra muerte terrenal tengamos la gran oportunidad de observar la Verdad para luego volver a la esencia material de la vida, en la que nadie sabe ni puede comprender (quizás de momento) qué ocurrirá.

La muerte no termina más que con parte de nuestra existencia y, entrando en el terreno de la pura especulación, atisbo la posibilidad de un Todo en el que nuestras teóricas almas se fusionan en plenitud, mientras nuestros cuerpos se reciclan en la materia orgánica de esa roca llamada Tierra. Así de simple y así de complejo.

El Reino que nos anunció Jesucristo quizás vaya mucho más allá del concepto ordinario y en ocasiones aburrido de la sociedad que conocemos.

Si alguna vez llegamos a entrar en contacto con otros seres inteligentes de galaxias lejanas, seguramente podremos tener más certezas del significado de la vida; mientras tanto, extasiados, contemplamos asombrados lo que ante nosotros acontece, abrumados en una absurda existencia contemporánea en la que reinan la desigualdad y generan una disonancia poco acorde a nuestros sentimientos, que nos dictan que algo más ha de haber en lo que no comprendemos.

¿Y qué hubo antes del teórico “Big Bang”?, pues indudablemente tuvo que haber, porque de no haber no podría haberse dado la creación. De la nada no surge el todo.

Ante esto las nociones de “cielo” e “infierno” carecen de sentido porque inevitablemente lo que alguna vez comenzó habrá de regresar. Soy absoluto creyente de los ciclos, y en ellos se reinicia la vida como de manera tozuda nos ha enseñado la naturaleza, ella es la viva muestra de que nada surge del caos y la casualidad, es ese extraño orden innegable, fractal, lo que podemos llamar Dios, un concepto abierto a darle la forma que veamos que se adapta a la alegría y felicidad que nos debería producir el hecho de vivir.

La materia no peca, tampoco es mala per se, por tanto volviendo al principio de mis reflexiones sobre el mal, podemos convenir que la maldad se origina en los conflictos; cuando habiendo abundancia abusamos de los demás, cuando habiendo amor derramamos odio, cuando no somos capaces de ser justos y solidarios, cuando pudiendo hacer un buen acto, hacemos el contrario. Por tanto el mal surge inequívocamente de la voluntad, no de nuestra mera existencia. En Dios no se origina el mal, ni tampoco el bien, sino que es el motor de la vida y la inteligencia bajo unas reglas que nos pueden conducir al mal, o al bien.

Hemos llegado por ello a una gran conclusión: somos libres, somos responsables, y por tanto Moisés fue el único y exclusivo responsable de sus actos arbitrarios ante los inocentes niños madianitas. No quiero con esto desmontar la sabiduría y experiencia que nos ha transmitido nuestra historia como humanidad a través de sus historias, mitos y escrituras, concluyendo que todo lo que pasó fue malo; pero puedo afirmar rotundamente que tampoco fue bueno, sería un buen ejercicio el tener siempre un espíritu crítico con todo lo que nos viene escrito, por muy sagrado que lo consideremos, ha sido escrito e interpretado por manos y mentes humanas, falibles y por definición pecadoras. Aprendamos de nuestros errores y hagamos del pasado una lección de vida.

EL DIÁLOGO

Seguimos avanzando en un camino que nos conduce a la esencia del ser humano ante una Verdad, que podemos llamar Dios; un Todo que contiene lo bueno y lo malo, aunque en esencia la bondad y la maldad sean constructos de la inteligencia y no de la materia. Lo que para un animal que sirve de alimento es malo, para otro es bueno, y esa aparente crueldad es un hecho que el corazón de un niño puede aborrecer cuando lo observa por primera vez. Los animales se comunican, pero no dialogan.

El diálogo es en esencia humano, tenemos lenguaje y expresión escrita. La evolución de la vida, como afirmé, busca perfeccionarse a sí misma, y de ahí surge mi concepto personal de Dios como motor de todo, un perenne ciclo de construcción y destrucción, pues no creo que ningún ser humano vea maldad en que dentro de millones de años el Sol que tanta vida nos ha dado sea causa de nuestro final. Quizás para entonces ni tan siquiera estaremos presentes, pues disponer de inteligencia y voluntad nos hace dueños de nuestros actos y nuestro futuro. Quizás ese futuro sea más corto de lo que pensamos si no obramos bien.

Dialogar con Dios es complicado, porque es la Verdad que hay detrás de todo y, por tanto, quizás confundamos nuestro ser inteligente con el Todo, y no es que no haya comunicación, pero nos falta un lenguaje que favorezca ese diálogo. Durante generaciones hemos tenido profetas y vías de comunicación oral o escrita que se han revelado contradictorias; debido a ello no pocas guerras se han producido en el marasmo de discusiones sobre el sentido de unos hechos u otros. Nuevamente y en línea con mi ensayo, considero que debemos buscar un diálogo personal e íntimo con esa Verdad para luego compartirlo con nuestros semejantes.

Es inteligente sacar en conclusión que siendo como somos parte de la existencia material del Universo, debemos ser en esencia parte de la Verdad y, en consecuencia, somos hijos de Dios, por lo que muchas respuestas son parte de nuestro ser, quizás por eso probablemente Jesús afirmó que “El Reino de Dios está dentro de vosotros”.

La meditación y la reflexión nos permite extraer de nosotros muchas respuestas y conocimiento, nos permite dialogar con nosotros mismos que somos parte de Dios y la Verdad, porque en nosotros vibran conscientes miles de millones de átomos aspirando a algo mejor y, ¿no es un verdadero milagro esa alianza de la materia?, de nuevo volvemos a hechos innegables que nos pueden (si es nuestro deseo) abrir la vista a Dios.

El diálogo con Dios es en realidad un proceso de comunicación indirecta, pues el conjunto de átomos que puebla el universo se ha evidenciado unido por una materia que llamamos "oscura", no porque no exista, sino porque no la podemos ver al no interactuar con la materia que conocemos, pero está ahí como ese diálogo, gracias a la gravedad hemos podido deducir su existencia, sin esa materia nos habríamos desparramado por este Universo sin orden ni concierto, así que de nuevo nos maravillamos viendo que todo goza de sentido en lo microscópico y macroscópico. ¿Y si la ciencia es una forma de que Dios nos comunique su maravilloso mensaje?

Reitero que decir Dios es dar un nombre a algo único y universal, pero podemos utilizar otro nombre que nos pueda hacer más; hay tantos como idiomas pueblan la tierra, y montones de religiones que a veces intentan atesorar su exclusividad, pero es de todos y será de todos, a nadie pertenece y a la vez es patrimonio de la humanidad.

Centrémonos en el diálogo universal que los seres inteligentes han mantenido desde siempre en busca de la Verdad, de tantos profetas, de tantas ideas emergiendo de nuestras filosofías, de tantas negaciones y discusiones sin fin. Al final todo se resume en que muy dentro de nosotros, aparte de la búsqueda, se halla sin la menor de las dudas una brújula que nos orienta y, en la esclavitud del tiempo, podemos maravillarnos como la inteligencia emerge a modo de fósforo que prende llama y en apenas unos segundos en la escala del tiempo cósmico crece, se reproduce, y a día de hoy estamos escribiendo los párrafos más importantes de nuestra historia con el advenimiento de la inteligencia artificial.

¿Puede la inteligencia crear inteligencia?, aún no lo tenemos claro, pero lo cierto es que Dios, la Verdad, el Todo nos han dado una capacidad para crear y destruir, amar y odiar. Que usemos esas capacidades con bondad y buen discernimiento hace que la sociedad avance con determinación a un futuro mejor, aunque cueste horrores conseguirlo, todos en nuestros corazones lo intentamos en medio perennes tribulaciones.

Dialogar con Dios es dialogar con nosotros mismos, porque nuestra materia contiene la Verdad. Hay que empezar por entendernos a nosotros mismos, para poder entrar en contacto con el resto de la materia sintiente y no sintiente, viva o en apariencia muerta. Consciente soy de que me voy a otras filosofías lejanas de occidente, pero he dejado entrever de manera clara en estas líneas que sería arrogante considerar que yo tengo la "verdad" y los demás no. Todos somos partícipes de la misma.

Todos los seres humanos tenemos derecho a dialogar con Dios, nuestra esencia es la misma y la justicia dictamina que sea así. Por tanto regreso a Jesucristo y otra de sus revoluciones: el hecho de que todos somos hermanos, sin excepciones.

Jesucristo eligió a los humildes, a los despojados, a los rechazados por la sociedad, a los pecadores, a los niños... en ellos depositó una semilla que a lo largo de la historia ha brotado en los lugares más inesperados. Su fortaleza se contrapone a nuestra debilidad, y sus frutos son dulces para quien quiere saborearlos.

LA HUMANIDAD

El camino es incierto. En estas reflexiones voy evolucionando sin haber planificado nada, creo que a veces es mejor dejar libres las manos y pensamientos, para que el corazón dicte las líneas que han de dar forma a un mensaje. Si todos somos hermanos y parte de Dios, entonces esas palabras bien reflexionadas serán justas y exactas.

La conciencia que tenemos nos permite evaluar día a día lo que es justo, y así ha de ser en medio de tantas tensiones políticas y sociales. Mientras seamos humanos, estaremos condenados a la injusticia y el pecado, porque no tenemos la guía perfecta y somos en parte egoístas, perdidos vagamos por este incierto camino buscando respuestas.

En medio del ruido emerge el silencio, ese silencio debería ser nuestra guía, porque en la aparente ausencia se manifiesta la Verdad.

La humanidad siempre ha caminado en tinieblas, no hay más que pararse a leer la historia para observar que si no han sido cataclismos, han sido guerras cruentas o genocidios los que han reorganizado el rumbo de la historia, pasando por el esclavismo, las conquistas salvajes o las imposiciones culturales. El avance del ser humano ha sido no pocas veces un terrorífico camino que, sin embargo, a la hora de la verdad supone progresar y poder maravillarnos pese a todo.

Progresamos porque llevamos una impronta que nos conduce a ello, y pese a tanta maldad y pecado, emerge siempre el bien, por encima de todo mal. El horror y la guerra nos conducen a la paz y el progreso. Si no hubiera esperanza, habríamos perecido en medio de psicópatas dirigentes, y los dioses que antes nombré, que daban más valor a la idolatría que a la falta de amor y genocidios entre hermanos, habrían triunfado. Jesucristo cambió la letra de la historia cuando nos escribió con letras claras lo que significaba Dios.

La humanidad seguirá, quizás por siempre, ceñida a religiones de toda clase. No solo están las que hablan de Dios, también hay religiones del consumo, del capitalismo, de la barbarie, del racismo, y toda suerte de creencias institucionalizadas que nos conducen al odio, a la guerra y el enfrentamiento. Todos, absolutamente todos los que hacemos el ejercicio de reflexionar profundamente, encontramos palabras y hechos que hieren, que nos hacen peores personas, si sabemos enfrentarnos a ellas seremos la mejor versión de nosotros mismos.

No seamos ilusos, el mal es mal y el bien es el bien, proceda de donde proceda. Estos deberían ser los principios, pues la sabiduría popular bien lo dice: “el hábito no hace al monje”.

Generalizar nos deshumaniza, odiar nos deshumaniza, pre juzgar nos deshumaniza. A colación de esto tenemos los milagros que nos hacen humanos, hay muchos a lo largo de la historia y no he querido en estas líneas referenciar ni nombrar nada en concreto salvo el triste episodio bíblico que rompió algo en mi interior y me ha hecho reflexionar durante años. Si extraemos sabiduría de estas líneas, buenas habrán sido las palabras escritas, que nos harán encontrar esos milagros en nuestras propias vidas.

En las distancias cortas los humanos se nos muestran como son, podemos conocerles y amarles, en las largas distancias nos parecen “los otros”, eso es lo fundamental del truco que se utiliza para dividirnos y hacernos odiar entre hermanos.

La humanidad es parte de la Verdad, su esencia es buena y solidaria, su motor es el amor. En la confusión, el egoísmo y los pecados surgen los conflictos, en ellos el odio, y en este odio la guerra y el sufrimiento. Jesucristo trajo un mensaje de esperanza a toda la humanidad, de nuevo sin excepciones o exclusiones, porque todos éramos y somos destinatarios de su mensaje, todos estábamos y estamos llamados a trascender y esperar en él.

LA ESPERANZA

Esperar es un verbo. El concepto que deviene de esperar es la esperanza. La fe en su más amplio sentido es la base de la misma y, por tanto, no surge de la esfera racional. Jesucristo nos habla de una esperanza universal en la que todos los hombres seremos hermanos y viviremos en un reino de amor. Todo ello se contradice con la realidad de nuestros días.

Sin esperanza estaríamos también condenados a vivir en una profunda depresión, en el foso de una vida plagada de dolor, pues es así la vida misma, repleta de sufrimiento y enfermedad, ante lo cual se nos muestra delante de nosotros esa misma vida: niños que nacen y nos llenan de esperanza, a la vez que otros seres queridos marchan camino de lo incierto. Esa esperanza nos rodea como humanidad; algunos en el simplismo de un paraíso celestial a semejanza de nuestro mundo, otros en la compleja re encarnación, otros en el puro ateísmo deseando que tras su marcha material quede un mundo algo mejor, generación tras generación.

Toda esperanza es buena. Aunque nos cueste creerlo por los enormes errores cometidos, la humanidad nos da siempre motivos de esperanza, porque estamos en un eterno ciclo de mejora que se evidencia en cifras matemáticas, ese lenguaje que asocié con Dios, por su exactitud y pureza. Independientemente de nuestra fe, la matemática es la gran Verdad y cuando las cifras dan esperanza, estas son objetivas y racionales, pese a que una pandemia parece haber torcido un poco esas cifras, la paz va invadiendo el planeta, el hambre se va erradicando y quizás algún día alcancemos aquello por lo que silenciosamente conspiramos.

¿Qué sentido tiene la esperanza?, probablemente es otro constructo de la inteligencia para hacernos abordar y salvar lo que nuestros cerebros aprenden a engendrar en su consciencia. Si fuéramos más sencillos no tendríamos que pelear contra nuestros instintos, pero por fortuna la materia que emerge del concepto que he definido a lo largo de estas líneas como Verdad y, en consecuencia, Dios como motor e impulsor de una eterna creación, nos conducen de manera inexorable a una fe más racional y basada en la evidencia de que somos seres inteligentes en un planeta que, fruto de una insondable y maravillosa carambola, produjo las condiciones para darnos la oportunidad de existir.

Por ello, esa es nuestra franca esperanza: la de amar y ser amados, la de dejar un mundo mejor en la medida de nuestras posibilidades, la de descubrir y compartir con nuestros semejantes una existencia más o menos ordinaria así como educar a nuestros hijos para ser mejores. No siempre acertamos, pero basándonos en lo ya dicho sobre la esperanza, sabemos que todo desastre en el pasado nos ha conducido a ser mejores, ¿por qué ahora habría de ser diferente?

Si fracasamos en el empeño de crear la mejor humanidad posible, no habrá esperanza, y en ello reside considerarnos instrumentos de Dios. Quizás será otra raza inteligente en otro planeta o lugar habitable la que pueda lograrlo, pero ya en el campo reflexivo me revuelvo contra ello, ¿no es suficiente motivo la gran oportunidad que se nos ha dado para luchar con todas nuestras fuerzas por hacer de esta tierra el mejor mundo posible?

LAS TRIBULACIONES

La duda es otra característica del ser humano; existe para reflexionar y tratar de elegir siempre el mejor camino posible, pero esa misma duda nos hace desconfiar de nuestros semejantes, a veces con acierto, pero en muchas ocasiones de manera injusta, generando suspicacias y tensiones innecesarias.

Los seres humanos son como niños muy pequeños que están aprendiendo y buscando su camino en un jardín de infancia cósmico, donde la luz es tenue y, por tanto, no deja ver con claridad esa ruta. Somos presa de incertidumbres, nos cuesta mantener el equilibrio, no tenemos en apariencia padres a los que agarrarnos en nuestras eternas tribulaciones, que son en ocasiones dueñas de nuestro devenir.

Pero ante la adversidad hemos ido madurando, creciendo, siendo mejores. Como si fueran juguetes en nuestro camino, nos han llegado mensajes, enseñanzas, hemos aprendido a leer poco a poco un lenguaje universal escrito en cada rincón, observando hemos deducido las maravillas que contiene el camino, repleto de reglas y leyes que rigen con cierto virtuosismo a la vida que crece en plenitud dentro de nuestro jardín.

Como niños que no vemos a nuestros padres, lloramos, nos peleamos, entramos en conflicto, pero seguimos caminando porque una fuerza nos empuja a hacerlo. Según aprendemos podemos leer en la misma naturaleza del jardín preciosas lecciones. Algunos niños que nos acompañan, ciertamente especiales, aprovechan su gran inteligencia para enseñarnos la bondad y permitirnos en nuestras dudas no desviarnos del camino correcto.

Somos huérfanos en apariencia, y por ello buscamos a qué agarrarnos, porque no sabemos quién nos ha dejado a nuestra suerte en ese enorme jardín repleto de retos que nos inducen a cometer una y otra vez errores, algunos muy graves. Pese a todo somos niños tercos, seguimos caminando en busca de cariño y seguridad.

Estamos atravesando todavía la infancia de la humanidad en un lugar repleto de trampas, trampas que nos ponemos nosotros en un egoísmo innato o aprendido que emerge para tratar de separarnos, dividirnos, convencernos de que somos diferentes unos de otros, pero no, somos niños que hemos venido a esta existencia desde un único lugar aparentemente lejano, pero que a la vez es tan cercano y, como gotas de rocío podemos saborear su frescor en cada buena acción, en cada paso decidido que afrontamos hacia el destino que intuimos correcto.

Aunque parezcamos perdidos, el libro de la vida contiene un mapa que quiere conducirnos a la plenitud, pese a que ese mismo libro en ocasiones sea algo confuso y lo mal interpretemos.

Tengo fe y esperanza en que al final maduraremos en este precioso jardín que vaga por el Universo.

Buscamos la plenitud, buscamos el amor, buscamos respuestas, acabamos de aprender parte del lenguaje de la Verdad, en una naturaleza que lleva escrito los versos más bellos y poderosos que siquiera podamos imaginar. Maduraremos en esta larga búsqueda que se da generación tras generación para así alcanzar la Verdad.

Tenemos la capacidad de aprender, y nuestra es siempre la capacidad de elegir con sabiduría.

EL CAMINO

No preciso de muchas más líneas. Quise reflexionar y ya he encontrado muchas palabras que de manera abierta e inclusiva evidencian que podemos ser artífices en un mundo complejo y a base de tropiezos, de llegar a ser una humanidad que merezca sobrevivir hasta que nuestro Sol decida engullirnos. Para entonces quizás ya seamos seres trascendentes gracias a nuestra tecnología, o bien porque alcancemos a comprender en toda su extensión el lenguaje universal que da la vida, donde emerge el amor y la solidaridad por encima de la adversidad.

El camino no sabemos a dónde nos llevará, pero basándome en la esperanza me quedo con las palabras de Jesucristo, estas nos enseñaron lo fundamental en esta hermandad humana, sin desdeñar por supuesto la influencia que han tenido en estas líneas tantas lecturas de grandes escritores, filósofos, religiosos, ideólogos y pensadores que me han precedido. Ninguna palabra nace puramente virgen y es fruto de una semilla que todos recibimos en nuestra educación.

Celebro haber sido educado en el amor y la esperanza, celebro haber leído a Jesucristo y celebro ser parte de esta humanidad; ojalá todos pudiéramos pararnos un momento, apagar nuestro entorno y mirar en ese oscuro interior que todos tenemos, no en su connotación negativa, sino por desconocido e inmenso, donde siempre caen semillas que en mi fe Dios ha plantado para todos. Aunque no creamos en Dios, somos seres humanos y debemos creer al menos en nosotros mismos como partícipes de algo que trasciende a todos nosotros, esa Verdad inmutable e innegable que la ciencia quiere rascar con sus instrumentos.

Debemos perseguirla con todas nuestras herramientas para averiguar a donde debemos dirigir nuestros objetivos y anhelos, ejerciendo en la medida de lo posible lo que nos hace humanidad, desdeñando esa capacidad que tenemos de hacer el mal. Pido una quimera, vivo en una utopía, pero no me importa porque tengo fe, y esa fe es algo tan fuerte e innegable (en mi caso) como las estrellas que brillan en el firmamento.

El camino será el que sea. Algo me ha conducido a escribir estas líneas y dejarlas libres para que otros lo lean y, si sirven de algo, bien escritas habrán sido.

En mis últimas reflexiones no puedo manifestar más que agradecimiento. El camino que llevamos impreso es eterno, goza de la misma paciencia y sabiduría que hizo emerger la vida,

pues la vida es tan misteriosa como inabarcable por nuestro sesudo cerebro, incapaz todavía de aprehender tantos y tantos hechos maravillosos que la acompañan.

El agradecimiento y el amor deben estar siempre presentes en vuestras vidas, cuando hagáis el mal veréis que dicho agradecimiento de inmediato se evapora junto a una sensación desahagible que nos deja la falta de amor. Todos tenemos una conciencia y un sentido de la justicia impresos y, si buscamos una justificación a la atrocidad que hizo Moisés en nombre de un falso dios, seremos partícipes de la parte egoísta de nuestra naturaleza. No nos justifiquemos con ella, porque el motor de la vida nos dotó de inteligencia para liberarnos de muchas esclavitudes y, si tenemos fe, sabemos que Jesucristo además nos liberó del pecado, presentándonos un Dios bondadoso que estimo y siento como verdadero.

En esa fe que por fortuna muchos tenemos, recibimos de Dios muchas promesas que se cumplirán; pero nuestra parte también hemos de cumplirla y aquí no importa ser creyentes o no, seguimos un mismo camino en una mota de polvo errante en el Universo en la que apenas hemos empezado a descubrir la Verdad.

Extraigo de mis profundas reflexiones, expresadas de la forma más breve y cristalina posible, un poco de luz, consciente de mis limitaciones y defectos, consciente de mi parcialidad, consciente de mi impronta cultural y la fe que me transmitieron, pero que quiero no altere lo verdaderamente importante en el mensaje que ha de salir de todas estas líneas: un mensaje de esperanza y de amor, que ante todo de sentido a nuestras vidas de manera universal.

Hay en nuestro pasado millones de líneas escritas con sabiduría, y millones de líneas escritas con el egoísmo de los humanos, es única y exclusivamente vuestro interior el que podrá iluminaros, porque los caminos son múltiples y muy personales, para así trascender de lo que son vuestras simples vidas, probablemente centradas en un sistema productivo que lo único que proporciona son medios de vida terrena e intrascendente (y a veces ni eso).

Todos tenéis una buena brújula que os permite dilucidar en vuestra experiencia diaria lo que es bueno. Que nadie os haga ser partícipes de lo que vuestro corazón os impulsa a rechazar. Algunos han conseguido cerrar sus sentidos a la evidencia de que pertenecemos a algo grande y universal que está en todos nosotros, esa Verdad que tantísimas veces he nombrado en estas líneas, ese Dios que creo conceptualiza nuestra existencia. Seamos justos y compasivos con aquellos que viven ciegos, pues ya lo dijo Jesucristo que no hay más ciego que el que no quiere ver. Costará mucho enderezar el rumbo de la humanidad.

He sido partícipe de tantas maravillas en estos días de escritura, que no puedo más que expresar una profunda gratitud y, a su vez, sentir la alegría de vivir bajo una bella Verdad que me envuelve, marcando con luminosa gracia las baldosas de un camino repleto de verdades que juntas conforman la visión de algo que va mucho más allá de nuestras vidas, mucho más allá de todo lo que de momento hemos alcanzado a comprender con la tecnología, mucho más allá de nuestros intrascendentes problemas, conflictos y guerras, mucho más allá de todas las enfermedades.

Escribir me ha liberado de muchas ataduras, me ha permitido ver que soy parte de algo muy grande. Pese a todo seguiré teniendo dudas, seguiré pecando, seguiré cometiendo errores,

porque soy un niño torpe que apenas está dando sus primeros pasos por un camino que me conduce a algo muy grande, tan grande que apenas puedo intuir una brizna de su inmensidad.

Lo fundamental es que tengo esperanza, gozo de amor y me siento libre; esa es la grandeza de vivir, sentir que Dios nos ha hecho libres para lo bueno y lo malo, y que nos perdonará una y miles de veces si sabemos ser humildes y aceptar que como niños caeremos muchas veces a lo largo del camino, pero deberemos agarrarnos con fuerza a la vida y a lo que nos hace fuertes y poderosos: el Amor y la fe en toda su extensión.

De ese Amor fraternal y solidario se impregnan las baldosas de esta maravillosa existencia, es la esencia de Todo, algo etéreo y no medible, gratuito y que obra prodigios en nuestras vidas.

Cuando creamos estar hundidos y ciegos en la oscuridad, alcemos nuestra vista con fuerza y miremos mucho más allá, esa Verdad estará allí eternamente, esperando con su plenitud y Amor nuestra llegada.

EPÍLOGO

Cuando creía tener cerrado mi ensayo en la pasada Navidad, llegó 2024 con una tremenda sucesión de acontecimientos de esos que llamo “casualidades”. Pude ampliar mi base filosófica terminando de leer la maravillosa y a la vez ingenua “Teodicea” de Leibniz, el contrapunto de Rousseau, el esperanzador ensayo del “El Apoyo Mutuo” de un perfecto ateo como Kropotkin, un maratón de la increíble serie “The Chosen” de Dallas Jenkins al que acompaña un asombroso elenco de actores, guionistas y productores dando forma a un nuevo evangelio adaptado a los tiempos modernos. Añadamos un poema que me llegó de una manera inverosímil, escrito por Langston Hughes que se llama “Dreams”, y el remate final con la muerte de un gran amigo que me sumió en una cruel desesperanza durante varios días, a este triste hecho le sucedió tras meses de lectura, el finalizar la para mí magnífica, única e inigualable obra cumbre de Galdós: “Fortunata y Jacinta”.

De ahí ha salido esta sexta revisión de mi “Teodicea de un mundo nuevo” en la que, ahora si, tengo más fe que nunca. Han sido unas correcciones estilísticas y añadir pequeños matices fruto de (creo humildemente) un nuevo estado de mí fe y acercamiento a la sabiduría, fruto de esa Verdad que viene a través de pequeñas señales que dije y mantengo, pues son mensajes que Dios, cuando estamos abiertos a escucharle, sabe dirigir a nuestros corazones.

Aunque en esencia el texto es prácticamente el mismo y conduce a las mismas conclusiones, detrás hay una carga emocional e intelectual mayor, tanto es así que hoy mismo leía por primera vez a Spinoza al que llegué mientras verificaba la existencia escrita de algunas de mis teorías. Puedo prometer que muchas de mis reflexiones han seguido derroteros basados en la razón y no mi lectura previa de (para mi desgracia) filósofos o pensadores que aún no he tenido la fortuna de leer como se merecen, caso de Spinoza, pero mi tiempo es finito.

También me he hecho consciente de que este texto me expulsa de la fe en la que me he educado: católica y apostólica. Es una postura herética para muchas religiones incluida aquella con la que fui bautizado.

No me sorprende que Jesús de Nazaret falleciera en el colmo de nuestros pecados, crucificado por declararse Dios pese a no haber hecho ningún mal. Pero así ha sido y será mientras haya corazones duros, y aquí viene este humilde escritor para darle una vuelta de tuerca a nuestros credos, ni más ni menos declarando que de alguna forma somos Dios, pero no me malinterpretéis por favor, el camino que ha tomado este ensayo emerge de un principio racional y fundamental: la existencia materialista, luego hablaré un poco de ello.

También he leído “El Capital” de Marx, me sumergí en el “Corán”, y ya de tiempos pretéritos conocía muy bien el “Nuevo Testamento”, junto a mis desagradables y bellas inmersiones en la Biblia que hice desde que soy adolescente. ¿Sabéis qué?, sonará extraño y contradictorio porque muchas letras son excluyentes, muchas enseñanzas chocan entre sí, nuestros corazones viven en esa perenne tribulación que antes nombré; pero lo que más sorprende a un ávido y feliz lector de mente abierta como yo, es el poder captar un poco de la Verdad en cada línea que los humanos escribimos, por eso dije al principio que soy consciente de mi parcialidad, de que mi fe, mis convicciones, mi educación, mi discernimiento se restringen a mi capacidad humana, sin siquiera pretender alcanzar una iluminación, pero si considero que me he visto iluminado y guiado por una inspiración poderosa en estos meses de conclusión de una “Teodicea de un mundo nuevo” que considero el fruto de mis años de dolor y vergüenza.

Siento dolor porque creo firmemente en la humanidad y su capacidad de cambio, mientras veo oportunidades perdidas. Siento vergüenza porque veo que pese tener esa milagrosa suerte de vivir conscientes, no cejamos en el empeño en reproducir conductas sanguinarias y contrarias a nuestro propio bienestar emocional. Es cierto, son minorías esas personas que lo provocan, pero tienen resortes de poder muy profundos y asentados, la humanidad es víctima de su indolencia ante ese poder mal empleado.

En el plano personal los acontecimientos vividos hasta la construcción de este epílogo me han conmovido, han abierto en mi una frontera que creía cerrada y una sensación ocasional de plenitud que cuando la percibo me abrumba, tengo de hecho que regresar a mi estado natural de “homo sapiens” para seguir mi vida ordinaria, esperando y deseando ser instrumento de esa Verdad, del Dios en el que creo con fe profunda. A la vez me siento acusado de manera indirecta por ser un hereje para muchas religiones, todo por traer a Dios a un materialismo profundo, y me digo a mi mismo, ¿no es acaso profundo, maravilloso y milagroso todo aquello que nos ha venido dado?, ¿hay una sola estrella, galaxia o posibilidad de vida inteligente en otros planetas que no nos produzca un inmenso temor y alegría plena?, plasmamos todo ello a través de novelas, mitos y películas donde se exhiben nuestros propios anhelos y temores.

Este ensayo es la explosión de mi mente, una explosión de tantas maravillas que Carl Sagan, como buen agnóstico, nos legó en su obra “Cosmos” y que, en su única novela “Contacto”, plasma con vehemencia: somos seres sedientos. Tenemos sed de respuestas y de amor, cuando nuestra inteligencia se escapa un poco de lo ordinario, abraza algo que no podemos todavía comprender.

Fortunata en la novela de Galdós, siendo como es un personaje poco afortunado, de clase paupérrima, expresión soez y en apariencia malvada; resulta que evidencia en su viaje transformador una bondad infinita, extrayendo de si todo aquello que he plasmado en mis líneas, sin siquiera haber por entonces terminado la novela “Fortunata y Jacinta”, parece que

pude recorrer en paralelo un camino de sabiduría, porque es sabiduría lo que atesoran las novelas, las filosofías y los escritos que parten de la bondad del ser humano.

En cambio aquellos que expresan maldad y odio son importantes pese a que puedan producir rechazo. Hace años pude leer el “Mein Kampf”, escrito por el odioso Hitler. Tenía que hacerlo, y así pude ajustar mi brújula. Lo malvado hace más luminoso y claro lo bueno, resalta su belleza, agrada al corazón que busca su pureza, aquella que todos tenemos cuando no cedemos al impulso egoísta del pecado, ese que ejerce Israel de manera arrogante contra sus hermanos de la franja de Gaza en las fechas de este escrito.

Tras haber terminado, mejorado y leído este ensayo variadas veces, más aún se han reafirmado muchas de mis convicciones. Ahora puedo permitirme confrontar muchas de las ideas que van circulando por el mundo, un mundo del que a veces en mi pequeña misantropía detesto, pero que en mi (confío sea así) gran corazón espero abrazar con fuerza algún día; ese día en que esa fuerza se asiente y obre en todos nosotros, especialmente los “poderosos”, que rigen los estados subyugados a una lógica económica claramente dañina e injusta.

Acaparo en mi interior una luz, un pedacito de esa Verdad y ese Dios que se eleva sobre ella, y sobre mi particular deísmo ahora reconocido, pero que no ensombrece mi gran fe, busco en franca soledad compañeros de viaje que se puedan aventurar conmigo a soñar un futuro donde aplicando la inteligencia que ese motor de la creación hizo emerger tras una titánica epopeya espacial, rinda tributo a sus orígenes no menos maravillosos y fundamentados en una inenarrable maravilla material que antes no veíamos y ahora se muestra frente a nuestros instrumentos, revelando algo conmovedor: cada nuevo descubrimiento abre nuevas dudas y emprendimientos.

Me pregunto la razón de que Dios (así parece) se dirigiese a las personas de una manera tan directa en otros tiempos, contrapuesto a que con la ciencia parecemos no necesitar ahora de mensajeros o ángeles, ahogándonos en un mar de silencio. La ciencia no puede ni debe negar nada por el hecho de no ser demostrable. Los fundamentalistas que convierten la ciencia en religión se comportan exactamente de la misma manera que los detestables teístas radicales encerrados en sus ideas y desfasadas enseñanzas literales de dioses pretéritos cargados de maldad. La humanidad puede y debe volver a una nueva ilustración que nos permita dar un salto de gigante científico y filosófico, para así abrir de nuevo la ciencia la posible existencia de esa Verdad. Encerrarnos en una postura científico-atea creo que nos habría impedido “fotografiar” un agujero negro, ver galaxias ocultas por la luz de otras; nos habría negado la existencia de las partículas sub atómicas, o podría habernos cegado a la evidencia de que la naturaleza misma es más solidaria de lo que imaginamos, solamente porque no queremos ver.

Abramos nuestras mentes y corazones, abracemos a nuestros hermanos en el sentido más amplio del verbo, amemos a nuestros semejantes crean en lo que crean, porque erráticamente deambulamos por un mismo camino aunque algunos lo quieran negar, polarizando una sociedad más que preparada para dar un salto a lo desconocido.

Quede aquí mi pequeña impronta, escrita con gran cariño y una profunda esperanza que albergó desde mi niñez, cuando quise ser santo sin entender aún nada. Ahora en la luz de mi madurez veo cada vez más claridad en mi camino y sueño en poder transmitir lo aprendido.